



## R. P. Ambrosio Tirelli

Casinetta (Italia)

21 de marzo de 1873.

28 de noviembre de 1964.

Magdalena del Mar — Perú.

### Breve Reseña Biográfica a Manera de Carta Mortuoria

INSPECTORIA SALESIANA  
SANTA ROSA DE LIMA  
Av. Brasil 210  
LIMA — PERU







## R. P. Ambrosio Tirelli

Es de justicia que retrocedamos unos años para revivir la figura salesiana del que fuera querido P. Ambrosio Tirelli. Muchos años, años de comienzos sacrificados fueron los que el P. Tirelli pasó entre nosotros en el Perú. Y no es posible olvidarlos. No se escribió nada oficialmente después de su muerte, pero ahora con estas cuartillas, queremos volver atrás, pergeñar, en apretada síntesis, los rasgos salientes de su personalidad, guardar un recuerdo escrito y decirle que sus ejemplos son hoy tan válidos como fueron sus enseñanzas en vida.

Laudemus viros gloriosos, nos dice la Sagrada Escritura. El P. Tirelli ha sido uno de esos gloriosos en la lucha, que no se contentó con decir, "Señor, Señor" y que avaloró lo que nos dice Jesús, traído por San Mateo en el capítulo 7º de su evangelio, "todo árbol que no dé frutos será cortado y echado al fuego". ¿Los frutos que dio este árbol? (Por sus frutos los reconoceréis). Legiones de salesianos que hoy, como otro-  
ra el maestro, luchan, se entregan, hacen de su vida una inmolación por Dios y por los hombres.

Es justo y es caballeroso reconocer a los que nos precedieron. Es cristiano saber decir gracias y es sensato no creer que todo lo bueno es solo hijo de la generación que vivimos, porque si vivimos y nos movemos se lo debemos a los que nos dieron ese vivir y marcaron la pauta que había de regir nuestra vida.

Quizá alguna pluma mejor cortada aspire a perennizar en una densa y larga biografía los perfiles de la vida y obras del P. Tirelli. Nos contentamos con esbozar, muy a la rápida, su silueta. Será una silueta, pero todo lo que no tenga de preciso (como toda silueta) lo ha de completar el cariño de hijos que le guardamos a este Padre que supo mostrarnos a nuestro Padre Don Bosco y enseñarnos con la sencillez de su vida, la profundidad de sus convicciones y la sabiduría de sus consejos, la fuerza poderosa, y el dinamismo que encierra el ideal salesiano.



Nació en Casinetta de Lugagnano provincia de Milán, en Italia, el 21 de marzo de 1873 y murió en Magdalena del Mar, Perú, el 28 de noviembre de 1964. Patriarca en los años y Patriarca porque dejó muchos hijos, no de la carne y la sangre, sí del espíritu. Fue fecundo con la fecundidad que engendra vidas para la Iglesia. Escuchó el clamor de la Escritura Sagrada, que es y será en todos los tiempos el de los Institutos religiosos "da mihi filios aliquid moriar".

### **Esbozo de su larga vida y rápida visión de su paso por el mundo.**

La infancia del P. Tirelli ha sido, como la de todos los niños buenos: vivaz, tranquila y alegre. Una de sus diversiones más queridas era la de ir a jugar en el Naviglio, un canal que pasaba por su pueblo Casinetta, próximo a Milán, (muchos de los datos que damos son recuerdo de hermanos que convivieron con el Padre y los escucharon de sus mismos labios).

Sus padres eran campesinos. Josué se llamaba el papá y Rosa Gioletta la mamá. Gente entregada al rudo trabajo. Esa estampa del milanés luchador, tesonero y arrojado la conservó toda la vida. La adustez del hombre entregado al quehacer responsable, a la fatiga sin reposo fue un perfil acentuado de este ejemplar de hombre y de salesiano. El campesino no es dicharachero y sin dejar de ser alegre, es trabajador. El P. Tirelli era el trabajo hecho vida.

Su padre debió ser severo y exigente con sus hijos. No tenemos detalles. Pero, lo cierto según propia confesión, que su familia era muy estimada tanto por los vecinos, como por los veraneantes, que procedentes de Milán, pasaban en Casinetta sus vacaciones. En esos tiempos no se viajaba largas distancias para ir a pasar vacaciones y los de las grandes ciudades se desplazaban a los pueblecitos cercanos para arrojar una cana al aire y vivir algunas horas al contacto de la naturaleza, desconectados de las absorbentes tareas diarias.

Entre las familias que apreciaban la compañía de los Tirelli, él solía nombrar a los Duques Negri. Sería interesante averiguar en Milán quiénes fueron estos nobles. La premura de dar a luz estas pocas notas biográficas no nos concede este lujo.

Sus estudios primarios, lo mismo que su primera comunión los hizo en su pueblo. El germen de la vocación del niño Ambrosio fue su propio hogar, su contacto con la iglesia parroquial, su celoso y virtuoso párroco de quien conservó un recuerdo incancelable, tan profundo



y emotivo que al evocarlo en su ancianidad se le deslizaban furtivamente algunos lagrimones. Su imagen y su estampa de sacerdote según el corazón de Dios hizo impacto en esa cabecita que recién se abría a la vida.

Colaboró no poco a su decisión de seguir el llamado de Dios, el ejemplo de su padre y de su hermano mayor que fueron maestros de coro en el templo parroquial y brazos derechos del cura párroco en el apostolado. Ambrosio iba los domingos y su delicia era poder hacer de monaguillo, cuando otros pequeños no le ganaban el turno.

En ese calor familiar tan arraigadamente cristiano y en una parroquia que tenía al frente un sacerdote apóstol, es fácil comprender que surgiese como en su ambiente natural, en un niño bien dotado, la vocación al sacerdocio. Y así fue.

Era el año 1885, precisamente el 4 de noviembre, cuando el párroco mismo, cuyo nombre no logramos localizar, lo condujo a Turín para presentarlo a Don Bosco y fue matriculado en el primer año de gimnasio. Ambrosio tenía apenas 12 años y era la primera vez que se alejaba de su pueblo y de los suyos. El mismo describe esta separación como un desolador sufrimiento.

El niño de hoy tiene una visión más amplia del mundo por la facilidad que dan los medios de comunicación. Para él todo su mundo se había construido en la tranquilidad hogareña, en la paz de los campos y en las aguas tranquilas de su "Naviglio". La faz de su santa madre, el rostro adusto pero cariñoso de su padre, el afecto de sus hermanos iban y venían en un vaivén sin reposo, en su mente de niño, especialmente en las horas de la tarde y se explica que llorase (el mismo lo confesó) amargamente.

Pero no se rindió. Aguantó y no pidió retirarse como suelen hacer muchos niños de su edad.

Poco a poco se fue haciendo al *modus vivendi*; el contacto con Don Bosco y sus primeros hijos, la alegría del Oratorio de Valdocco, los compañeros, el conjunto de circunstancias acabaron por robarle el corazón y determinó quedarse con Don Bosco, de lo que no se arrepintió nunca durante los largos 92 años de una vida que pasó recorriendo los caminos del mundo.

Por otra parte no debemos dejar de considerar que Don Bosco está en la última década de su vida. Su obra se ha extendido por muchos países. Desde 1871 los salesianos están en Italia con 15 casas; en



Francia, radicados en Niza, Tolón y Marsella; en Utrera de España; en Uruguay y Argentina. Es una colonización espiritual que avanza benedecida por Dios y los sueños de Don Bosco se van haciendo realidad. De manera que la fama de hombre apostólico y de santo rodea su nombre y da margen a que nuevas fundaciones se vayan abriendo paso.

Todo esto repercutía en el Oratorio y era conocido por sus habitantes produciendo el efecto mágico de la admiración y el deseo intenso de permanecer junto a él.

Sus viajes al exterior, Francia y España, aureolaron más su figura. Al entrar Tirelli al Oratorio faltaban tres años para que el Padre y maestro de la juventud emprendiese su viaje a la eternidad. Cargado de años, de trabajos y de méritos era la veneración andando. Cada vez que aparecía en los balcones de su humilde casita Pinardi, grandes y chicos se arracimaban junto a la pared para verlo, saludarlo, escuchar el hilo de voz que brotada de sus labios y romper en fragorosos vivas. Los hijos lo amaban. Había sabido hacerse amar.

No es necesario haber estado allí para comprender que este ambiente impresionó al niño. Y se lo hemos oído de sus propios labios "se sintió encadenado a este nuevo hogar". Hizo familia en él, tanto que en los últimos años de latinidad renunció a pasar vacaciones en su pueblo natal. La conquista había sido total. Jamás, ni nadie lo separaría de Don Bosco. Los hechos lo confirmaron. En esta nueva familia tuvo compañeros que fueron como hermanos para él.

Recordaba, entre ellos con particular cariño, a Monseñor Versiglia, en quien admiraba un ejemplar de piedad y estudio. "Siempre pensé, decía, que Versiglia estaba destinado a grandes cosas". El tiempo le dio razón. Fue Vicario Apostólico de Siu-Chou (China) y murió mártir junto con el P. Caravario, en defensa de la pureza de varias jóvenes cristianas. Fue masacrado a culatazos de fusil.

### **Otros episodios de su nueva vida.**

Llegó a ser un maestro de latín y de griego. Pero los comienzos fueron duros. Paseando por los corredores de Magdalena del Mar, confesaba en una oportunidad, que los primeros pasos en la lengua latina los podía calificar de desastrosos, a tal punto, que en un momento de ceguera tuvo la tentación de plantarlo todo y volverse a sus campos. Otra vez triunfó el buen sentido y con la ayuda de sus compañeros y de sus óptimos profesores pudo salvar el obstáculo llegando a ser no



sólo un cultor de la lengua del Lacio sino un maestro excelente en la materia. De esto después.

Estando como alumno del Oratorio (1885-1888) antes de entrar al noviciado pudo oír a Don Bosco en sus memorables "buenas noches", escuchar las predicciones del santo y acompañarlo a Roma, con los cantores del maestro Dogliani, para la consagración de la Iglesia del Sagrado Corazón, el 14 de mayo de 1887.

Los milagros más importantes que presencié y que recordaba con frecuencia fueron las multiplicaciones de las avellanas en dos oportunidades que pueden leerse en la vida de Don Bosco. Especialmente la del 1º de enero de 1886, cuando llamó a los de cuarta y quinta gimnasial para hacerles una de sus últimas conferencias.

### **Entrada al noviciado.**

Estaba cursando cuarto año de Gimnasio. Los superiores del Oratorio acostumbraban por esa fecha, invitar a los que deseaban inscribirse para el noviciado. No había aspirantado como se estila ahora. Pero podemos afirmar que un buen porcentaje de los jóvenes del Oratorio ingresaba en la Congregación o se iba a los seminarios. El espíritu y la vida misma de esa gran familia parecía invitar a al vida consagrada.

El 1º de noviembre de 1888 Ambrosio Tirelli da este paso definitivo, formando parte del grupo que iba a Foglizzo para comenzar su noviciado. Serio y sensato había madurado la idea y cristalizado el propósito. No olvidemos que Don Bosco ya está en el anochecer. Son pocos los que pueden verlo. Pasa sus días recostado en su sofá en una obla-ción de plegaria y dolor. El alumno Tirelli, siendo de cuarta de gimnasial puede un buen día tener el privilegio de confesarse con el Padre a quien tanto amaba. Parece que fue en esa oportunidad que le dijo aquella sentencia, realizada después; "Serás como gigante en recorrer los caminos del Señor".

Recibió la sotana de manos de Don Rúa el 20 de octubre de 1888. Don Rúa era el alter ego de Don Bosco y su Sucesor elegido por el mismo santo fundador y confirmado por la Santa Sede.

El Maestro de Novicios era don Barberis pero en realidad ejercía casi constantemente el cargo Don Bianchi. Así lo afirmaba el mismo P. Tirelli.



A los dos meses y medio de noviciado el mundo recibe angustiado la noticia de la muerte de Don Bosco. Los habitantes de Foglizzo se trasladaron a Turín y vieron al padre yacente que parecía bendecir una vez más a su familia reunida en torno suyo. Los 800 jóvenes del Oratorio y un público que se agrandaba por momentos, se postran para rezar junto a los restos mortales de ese hombre que los había amado como un padre. Allí, Tirelli lloró. Muchas veces nos lo dijo y juró una vez más serle fiel hasta la muerte. Estuvo presente en los funerales a los que asistieron más de cien mil personas. Siempre llevó grabada en la retina de los ojos las escenas de esas jornadas y en las horas tristes de su vida, que no le faltaron, fueron un acicate para no doblegarse, para no rendirse y seguir luchando hasta que el buen Dios dijese: basta.

En octubre de 1889 el joven José Ambrosio Tirelli (nunca usó el nombre José por eso lo mentamos de paso) entraba de hecho y de derecho en la Familia Salesiana que vería ir creciendo maravillosamente en todos los continentes. Los votos perpetuos sellaron su entrega.

Cuando Don Bosco emprendió su viaje sin regreso entrando a la gloria, su Congregación contaba con 768 salesianos y 267 novicios. El Viejo Continente tenía 38 casas y el Nuevo 26. Y ya se habían aprobado las fundaciones de Londres y Quito.

A la muerte del P. Tirelli los salesianos eran cerca de veintidós mil y las obras esparcidas por todas las latitudes cerca de mil quinientas y casi otras tantas de las hijas de María Auxiliadora. Había visto la gloria del Padre en la tierra y se marchaba para gozarla en el cielo.

### **Estudia Filosofía y magisterio.**

1889. Ha terminado el noviciado, emitido los votos perpetuos y Valsálce, a la sazón estudiantado de los jóvenes clérigos salesianos, lo acoge entre sus moradores.

En Valsálce estaba sepultado Don Bosco, esperando el día de la glorificación en la tierra cuando la voz del Supremo Pastor había de declararlo digno del honor de los altares coronándolo con el título de Beato.

En efecto, 4 días después de la muerte de Don Bosco, después de vencidas no pocas dificultades con las autoridades, "el 6 de febrero de 1888, a las cinco de la tarde, en una ceremonia enteramente privada, se reunía en Valsálce a las afueras de Turín, al pie de una de las rientes



colinas que ciñen la gran ciudad, un selecto grupo de hijos del gran apóstol, religiosos salesianos e Hijas de María Auxiliadora, cooperadores salesianos, antiguos alumnos, jóvenes de las casas de Don Bosco, para dar sepultura a su Padre" (Auffray). Cuatro meses antes se había detenido el Santo para mirar con insistencia ese lugar de la escalera que del patio conduce a la terraza del Liceo.

Y allí habló el gran Obispo misionero de la Patagonia que había ido a Turín como inspirado por Dios para asistir al Padre en los últimos momentos: "Así como los primeros cristianos, dijo, prosternados ante los sepulcros de los mártires, se alentaban para combatir por la fe; así como San Felipe Neri se convertía en el apóstol de Roma, descendiendo a las Catacumbas, del mismo modo se vendrá a solicitar junto a esta tumba la luz y la fuerza, la regla de vida y la energía en la acción, el amor a los hermanos y la abnegación para todas las grandes causas".

Tirelli pasará dos años y meses junto a esa tumba, subiendo muchas veces la escalera y mirando con veneración la imagen del Gigante que yacía en un sepulcro improvisado. No tenemos muchas noticias de estos años de estudio. Pero a juzgar por la preparación clásica que el P. Tirelli demostró tener debieron ser intensísimos. Fue un especialista en griego y latín. Y de esto son testigos sus propios alumnos. Tanto amó el estudio que hasta los postreros días de su vida se dedicaba con fruición a leer y tomar apuntes de clásicos. No tenía otro "hobby". Es un caso raro en la historia de los hombres la del P. Tirelli: dio clase hasta los 92 años. La clase para él era consecuencia lógica de la atracción que sentía por sus estudios predilectos. Necesitaba comunicar a los demás su tesoro.

### **Tirocinio práctico.**

Lanzo es una población pequeña aun ahora. Don Bosco fundó allí en 1864 el segundo colegio a las afueras de Turín. Le dio el nombre de San Felipe Neri. Allí floreció la vocación a la santidad de Don Andrés Beltrami, siendo interno por tres años. Una lápida en la entrada recuerda, el nombre de cuarenta exalumnos que en la primera guerra mundial dieron su sangre por la Patria.

Monseñor Luis Lasagna, alma ardiente y generosa y apóstol incansable salió de entre el alumnado de ese colegio. La historia recuerda a los grandes salesianos que fueron profesores del plantel: Mons. Santiago Costamagna, Mons. José Fagnano, los P. P. Francisco Bodrato, Antonio Sala, etc.



No dejamos en el tintero el recuerdo de que fue un antiguo convento de Capuchinos. La vida de Don Bosco, en el volumen sétimo, tiene un largo capítulo sobre el colegio de Lanzo, y en las mismas Memorias Biográficas, hay narraciones de hechos, como el sueño de 1876; la fiesta de San Felipe en 1869, en la que Don Bosco encuentra siete alumnos enfermos de viruela y los sana dándoles su bendición, menos a uno que dudó y no se quiso levantar, teniendo que soportar todos los fastidios de la cura y convalecencia, y otros relatos que por amor a lo breve omitimos. Aquí vino a parar el clérigo Tirelli, para ensayar sus primeras armas pedagógicas en el campo de la docencia. Trabajó tres años. Fuera de las reminiscencias algo borrosas que el mismo alguna vez traía a colación, tampoco hay material para largo entretenimiento en este período de su vida.

Tuvo como compañero de trienio a Don Alberto Caviglia, después distinguido profesor de la Albertina de Turín. Solía decir que el clérigo Caviglia era habilísimo enseñante pero de un carácter pronto y que él se valía de la íntima amistad que los ligaba para calmarlo. Se quisieron mucho durante toda la vida. La de D. Caviglia fue también longeva.

Eran años de mucho trabajo. El salesiano de esos tiempos tenía que ser un *fac totum* porque todo estaba por hacer. El P. Tirelli se complacía recordando el esfuerzo que les costaba levantarse a las 4 y media de la mañana para poder corregir las tareas de los alumnos y prepararse a las clases. Sin embargo, decía con el gracejo que le era tan natural, todavía no me he muerto. El trabajo no mata a nadie. El es una prueba.

Esta palestra le abrió los caminos del mundo que habría de recorrer en largas jornadas como se lo había predicho Don Bosco: "*esto ut gigans ad currendas vias Domini*".

### **Por los caminos del mundo.**

*Esto ut gigans ad currendas vias Domini*, le había dicho Don Bosco. Antes de terminar su tirocinio práctico en Lanzo es destinado por los Superiores a Orán (Argelia).

El Cardenal Lavigerie, gran apóstol de Africa, le había pedido a Don Bosco en persona que mandase los salesianos a Túnez y Don Bosco se lo había prometido sin indicar la fecha. Sintió mucho cuando fue preferida la zona de Argelia a la de Túnez y se lo manifestó a Don



Rúa pero se consoló con la idea de que pronto irían también a su vasta y necesitada diócesis. La promesa databa del 1883 cuando los dos, Lavigerie y Don Bosco, se encontraron en París. Los salesianos llegaron a Orán el 24 de agosto de 1891. Don Rúa los enviaba sabiendo que habían de sufrir mucho. Dice la crónica doméstica que los "recibieron, los ángeles custodios y los cargadores árabes del puerto". La autoridad eclesiástica se encontraba en Francia y la comunicación no le había llegado a tiempo.

Dos años después de la fundación, Ambrosio Tirelli, joven clérigo, con su tirocinio casi terminado, con un gran deseo de ser apóstol a semejanza de su Padre Don Bosco desembarca en las costas de Africa.

El 30 de noviembre de 1893 partía para distintas latitudes un contingente de sesenta salesianos destinados a las misiones de la Patagonia, de Africa y Palestina. Nuestro P. Tirelli estaba entre ellos. Era la 25ª expedición de misioneros. Don Solari tuvo el discurso de despedida, ya que Monseñor Cagliero se encontraba en España. El Arzobispo de Turín elogió a los salesianos con palabras llenas de amor y los parangonó a la Iglesia por la rápida extensión de la obra. La estadia del clérigo y pronto sacerdote Don Ambrosio Tirelli en Africa abarca un no corto período de once años (1893-1904).

Mientras trabaja estudia teología, así se acostumbraba en esos tiempos heroicos porque abundaba la mies y los obreros eran muy pocos. Su formación fue sólida. No descuidó medios para informarse de lo que un competente ministro de Dios necesitaba para luchar las batallas del Señor.

¿Y cuál fue su trabajo? Oratorio festivo, clases, predicación, estudio del francés que llegó a dominar perfectamente, y más tarde cuando se funda el primer noviciado de Africa enseña filosofía a los clérigos que van terminando su noviciado. Tuvo entre sus alumnos a Don Antonio Candela, oratoriano de la primera hora y luego por muchos años del Capítulo Superior de la Congregación. Este en 1894 recibió el hábito de manos de Don Albera que había sido mandado por Don Rúa en carácter de visitador de las Casas de Africa. En ese mismo año se inicia el primer noviciado bajo la dirección de Don Bellamy y luego seguirá el filosofado en el que enseñará Don Tirelli.

Entretanto el clérigo Tirelli sigue avanzando en sus estudios teológicos y va recibiendo las órdenes sagradas. El 30 de mayo de 1895 recibe la tonsura y las cuatro órdenes menores (hostiariado, lectorado, exorcistado, y acolitado). El 4 de junio de 1896 es ordenado de subdiá-



cono y el 19 de diciembre del mismo año se acerca más al sacerdocio con la recepción del diaconado.

Ya estaba casi pisando la anhelada meta. Sus aspiraciones nacidas en el cálido ambiente de familia de la lejana Casinetta, favorecido por el celoso párroco y robustecido en Valdocco van a ser coronados con la ordenación sacerdotal. ¿Quién habría imaginado que aquel sencillo campesino, de limitados horizontes pueblerinos habría de recibir la ordenación sagrada de sacerdote en el Africa inmensa, abierta ya a tantas posibilidades y realizaciones?

El 29 de junio de 1897, Monseñor Geraldo Soubrier lo ordenaba de sacerdote. Era ya ministro del Señor para siempre. Su misión más querida es el oratorio. Pero los superiores le confiaron otros campos de actividad de más responsabilidad, fue catequista y luego maestro de novicios. Se perfilaba al futuro formador de salesianos que por muchos años iba a dar ubérrimos frutos en esta tierra de Santa Rosa.

Pocos días después de su ordenación cantó su primera misa en el seminario. Don Rúa al despedir la primera expedición que zarpaba para el Africa les decía: "Ecco che io vi mando come agnelli in mezzo ai lupi". Don Cipriano Beissiere escribía cincuenta años después, estando todavía en el Africa: "quizá la mirada profética de Don Rúa le hizo ver, en un porvenir no lejano, las persecuciones solapadas al principio y violentas luego que a manera de formidable simún habrían devastado el jardín salesiano oranés".

No se veía con buenos ojos la presencia de estos misioneros extranjeros en Argel que era a la sazón posesión francesa. Fuerzas secretas trabajaron al gobierno de Combes y los religiosos no franceses debieron tomar el camino de otras tierras para continuar predicando a Cristo. El P. Tirelli sufrió las consecuencias de la expulsión. Hacía poco que ejercía el cargo de Maestro de novicios y gozaba la plenitud de sus treinta años aun no cumplidos.

Amaba con el ardor del arenal africano y con la caridad de hijo de Don Bosco esa tierra que ya creía ser posesión de por vida. Pero le resonaba en los oídos como un retintín la profecía de Don Bosco "serás como un gigante recorriendo los caminos del Señor". Con resignación, aunque con el alma rota por el dolor, se dispuso a partir. Estamos a fines de 1903. ¿Cuál es su nuevo horizonte? ¿Dónde plantará sus tiendas este incansable soldado del evangelio?



## Portugal.

La segunda etapa del largo peregrinaje del P. Tirelli por el mundo es la nación lusitana.

También el Portugal está algo convulsionado. Hay mucho abandono de la juventud y abundante trabajo de las sectas que pescan en río revuelto. Sin embargo no obstará todo esto para que él permanezca en esta noble nación desde el 1904 hasta 1910, año en el que nuevamente tendrá que tomar el camino del destierro. El idioma es una dificultad y habrá que vencerla dominándolo, como sucedió en el Africa con el francés. El portugués le servirá muchos años después, cuando cruzando el Atlántico llegue a las playas acogedoras del Brasil.

Ejerce en el Portugal varios cargos de responsabilidad, dándose todo entero como si toda la vida hubiese vivido en ese medio. Es la gran característica de los hijos de Don Bosco: la adaptabilidad.

Lisboa lo espera y es recibido por aquellos salesianos con muestras de afecto filial, va como Director de las "Oficinas San José".

Don Rinaldi, inspector de España, había visitado Lisboa y precisamente se entretuvo viendo las Oficinas "San José". Su opinión: "creo que haremos más bien aquí que yendo a las misiones".

El 10 de noviembre de 1896 llegan los salesianos para hacerse cargo de este plantel que tenía ya una modesta Escuela de Artes y Oficios y estaba dirigida por el benemérito eclesiástico Mons. Cordeiro, quien de inmediato entregó todo al P. Cogliolo, primer director salesianos del plantel.

La obra progresó rápidamente debido a la suma habilidad y don de gentes de su director y al apoyo recibido de la sociedad. Su Majestad, la Reina Amelia, hija del Rey de Italia, se convirtió en protectora y su ejemplo fue imitado por muchos otros.

Este será su nuevo campo de apostolado por dos años 1904 y 1905. Ya había adquirido caracteres de mucho progreso la que hoy es un modelo de Escuela profesional, Oratorio festivo, Parroquia etc., de la calle Travessa dos Prazeres, en la populosa Lisboa.

Debió ser apreciada su labor cuando vemos en los recuerdos, esparcidos entre sus muchos escritos, que fue nombrado Consejero Inspectorial y a los dos años de estadía en Portugal, en 1906, es nuevamente nombrado Maestro de Novicios en la casa de Larrangeiras (hoy no



la encontramos en el catálogo). Hasta el fin del año 1909 ocupa esta mansión delicada de la formación de salesianos.

En 1910 vuelve a las Oficinas San José y ocupa el cargo de Prefecto de la casa.

En 1910 cae la monarquía católica lusitana y es sustituida por una República inspirada en el liberalismo y encarnada en hombres que hoy llamaríamos de izquierda. Pronto vinieron adhesiones al nuevo régimen desde todas las provincias y éste se consolidó. El Rey se exiló en Londres. Las primeras disposiciones del gobierno se dirigieron contra las órdenes religiosas cuyas casas y conventos fueron disueltos y expulsados los religiosos.

Los salesianos no hicieron excepción y tuvieron que marchar al destierro. Nuestro P. Tirelli está entre ellos. Parecía que el sello de la persecución lo tenía marcado. Por segunda vez en su vida tenía que abandonar un trabajo y una nación que ya habían dejado huellas en su modalidad. Vuelve a preparar sus maletas y en su mente asoma la frase de Don Bosco "serás como gigante recorriendo los caminos del Señor". Sigue andando este viajero porque ya el mundo se le va haciendo chico. Otra mies abundante lo espera. Una breve estada en Francia, unos cuantos días en Suiza y una más larga parada en Italia para visitar a los suyos y reforzar su espíritu junto a la tumba de Don Bosco y prometer fidelidad a María Auxiliadora ante su imagen taurmaturga, recuerdo de sus años jóvenes, y luego a España. Había cumplido 37 años y hacía 17 que se había ausentado de su patria, Italia. Volvía por primera vez. Ya los horizontes eran más extensos. Su espíritu estaba templado en el trabajo de todas las jornadas y su corazón habituado a los golpes del martillo de la persecución. Su apostolado en España dejará huellas hondas. Formará allí a hombres que serán, con el andar del tiempo, pioneros en las huestes salesianas y su recuerdo vivirá por generaciones.

Sigamos sus pasos, pero sólo a grandes jornadas, en su nueva misión.

### **España: 1911 — 1923.**

Doce años que frecuentemente tendrá presente en sus conversaciones. España entró en su alma como cosa propia. Recordaba con verdadero placer aquellos años de Barcelona, de Gerona y de Sarriá.

La correspondencia que, aun en los últimos años, recibía de salesia-



nos de la Madre Patria, nos hacen pensar que su obra fue fecunda y salesiana.

Los años 1911 y 1912 los pasó en Barcelona como catequista de los estudiantes. No tenemos referencias de estos dos años.

En 1913 es nombrado Director de la Casa de Gerona. Aquí el P. Tirelli dejará hondas huellas. Lo confirman las cartas que han venido llegando en los postreros años de su vida, de salesianos ya avanzados en edad y que tenían presentes esos años con recuerdos imborrables y gratísimos.

Los Hijos de Don Bosco habían llegado a Gerona en 1891. Fue una obra que costó sacrificios ingentes al personal de los primeros años a causa de la pobreza y carencia de medios. Pero lentamente y con una constancia de pioneros aquellos sacrificados salesianos hicieron el milagro de una Granja modelo y levantaron un santuario a María Auxiliadora. De allí salieron agricultores que hoy honran a España y a la institución que los educó.

En 1928 se trasladó a Gerona el noviciado de la Inspectoría Tarraconense y el 25 de julio de 1929 se le adjuntó también el Estudiantado de Filosofía. Los rojos convirtieron el Instituto en hospital y dejaron bien marcadas las huellas de su zarpazo.

En la lista de Directores figura el R. P. Ambrosio Tirelli en cuarto lugar. Lo precedieron los RR. PP. Santiago Ghione, Don Domingo Tobar, Don José Alary.

Nos parece algo raro que el P. Tirelli se haya ocupado alguna vez de este menester. Sin embargo la crónica nos dice de él: "supo aplicar a la agricultura la técnica moderna, hermanar la teoría con la práctica, dando a cada una el lugar que le corresponde".

Pero sobre todo dejó una impronta paterna que el tiempo no ha borrado. En 1955 escribía en la Revista "Unión", órgano de antiguos alumnos salesianos de Gerona, el señor Antonio Riquelme, exalumno de ese Instituto, cuanto sigue: "Corría el año 1912 y a la sazón tenía yo 10 años. Ingresé en la entonces "Granja y Escuela salesiana San Isidro de Gerona, después de la muerte de mi padre.

Mi estancia en el colegio fue convirtiéndose para mi alma infantil en un remanso de paz y de sosiego espirituales, a la par que en una sensación de bondadoso amparo paternal. Tuve de Director a Don Ambrosio Tirelli. Este fue mi segundo padre en realidad. Nunca podré ol-



vidar aquellos coloquios confidenciales en la intimidad de su despacho. El amparo paternal, cariñoso lo experimenté de verdad en un pequeño incidente, que ahora, a través de los años, me parece leve, pero entonces, no me pareció tal.

Cosas de niño, jungando me acerqué a fisgar la corriente del canal y ¡zas! me caí dentro. Arrastróme la corriente un largo trecho. Invoqué al punto a María Auxiliadora, a Don Bosco y a Domingo Savio. Como por arte mágica me hallé de pie con el agua hasta el cuello y agarrado a unas zarzales. Asustado llamé socorro y vinieron a pescarme, ayudándome a salir del canal. Hacía frío, y avergonzado fuime al ropero D. Planas para mudarme la ropa. Me halló por el camino Don Ambrosio, quien iba rezando el breviario a la altura casi del canal y de la huerta. Recuerdo que me consoló paternalmente me acompañó solícito hasta la ropería, y me alentó con animosas frases: "No temas nada, me dijo, pues has invocado a Don Bosco, a Domingo Savio y a nuestra Virgen. No cogerás ni un simple resfriado, ni te morirás de esta". Y luego serio, me dijo mirándome atentamente: "Tú llegarás a viejo, Antonio, ya lo verás".

Así fue lo del costipado. Nada sucedió. Una vez mudada la ropa quedé tan campante y más contento que unas pascuas, recordando las palabras de Don Ambrosio. En cuanto a lo de llegar a viejo... Dios dirá. Ya voy pasando algunos años del medio siglo, a pesar de mi constante pensamiento de morir joven, y de dos delicadas intervenciones quirúrgicas sufridas en 1937. ¿Fueron palabras proféticas las de Don Ambrosio?

Consigno gustoso este pequeño percance y recuerdo de mi niñez, que no se ha apartado nunca de mi mente ni de mi corazón, agradeciendo la bondadosa y paternal solicitud de nuestro siempre estimado Don Ambrosio".

Es un hecho que sumado al testimonio de otros nos confirma la aureola de paternidad que rodeaba su persona de director. Así había imaginado Don Bosco a todos sus directores. No quiso que fuesen el "Superior" sino el Padre. Don Tomás Baraut, alumno que fue de aquellos tiempos en la Granja San Isidro y luego destacado miembro de la Congregación en España, llegando a ocupar delicadas mansiones en el gobierno de la misma, (fue en efecto Inspector de la Tarraconense y Director de Institutos de Estudios Superiores), afirma en sus cartas al P. Tirelli este mismo concepto y siempre recuerda con afecto aquellos



años que dejaron en su mente impresa la imagen paterna y solícita del buen Director.

El Hermano coadjutor Don Francisco Tarinas, le escribe en diciembre de 1960 desde Barcelona: "No podré nunca olvidar aquellos años en que Ud., por inspiración de María Auxiliadora, me acogió en el colegio de Gerona. ¡Cuánto bien me hizo! Digo que fue por inspiración de María Auxiliadora porque un día me vio vagabundeando por aquella carretera de Pedret, me tomó del brazo y me metió dentro del colegio y Ud. con su paternal corazón hizo lo demás y ahora soy salesiano por la gracia de Dios, Don Ambrosio. Gracias. Que Dios se lo pague".

Es decir que la tónica de la paternidad se repite constantemente en cuanta correspondencia encontremos venida de España.

Hoy España tiene siete Inspectorías. ¿No será esta fecundidad de obras y de salesianos que trabajan en la península y fuera como para formar otras tres inspectorías, también fruto de esa paternidad bien entendida, a lo Don Bosco? Ojalá nunca se pierda y retorne en los lugares donde una fría etiqueta ha querido sustituirla.

Quisiéramos seguir citando y recordando pero no nos olvidamos que estamos haciendo una breve reseña biográfica a modo de carta mortuoria, dejando a los biógrafos el quehacer de la investigación y la tarea de escribir una vida con todas las de la ley, como se merece el querido P. Tirelli.

Dijimos que por los frutos se conoce el árbol. El Rmo. Señor Don Isidro Segarra, inspector que fue de Barcelona y hoy miembro del Consejo Superior de la Congregación le escribe al P. Tirelli con fecha 11 de marzo de 1963: "Vemos acercarse las fechas aniversario de sus mejores años como sacerdote y salesiano, en que los hermanos de esa Inspectoría, en nombre de todos los que hemos recibido los frutos de su trabajo, le rendirán homenaje de gratitud y cariño. Por eso, con estas líneas, en nombre de todos los Hermanos de esta Inspectoría de Barcelona, donde Ud. trabajó con tanto entusiasmo, y donde ha dejado gratísimos recuerdos entre los salesianos que lo conocieron y que Ud. formó, y en nombre mío propio, me uno a todos esos homenajes que le tributarán, con mi felicitación más cariñosa y con la promesa de mis oraciones y de todos los recuerdos que tendrán en las suyas cuantos le conocieron y trabajaron bajos sus órdenes o a su lado en las casas por donde pasó mientras vivió en España".

"Este recuerdo y esta felicitación quiere ser el pago de nuestra gratitud por todos sus desvelos y trabajos. Si hoy la España salesiana es



lo que es dentro de la Congregación, y sus hijos y sus casas tienen la pujanza que todos pueden comprobar, se debe, sin ningún género de dudas, al sacrificio y al ejemplo de aquellos primeros salesianos, que supieron dejar la huella y marcar la senda y el ritmo. Por eso, de todos esos frutos le toca a Ud. una gran parte. Y yo así lo quiero manifestar hoy públicamente, en nombre todos, para su consuelo y gozo”.

Esta carta del Superior mayor quiere ser la voz de toda España que agradece. Fue obra efectiva y aquellos hijos agradecidos saben volverse al Padre para pronunciar un sincero gracias.

Todavía nos queda algo en el teclado: Vuelve a ser Maestro de novicios. Sarriá es su último campo de trabajo en Europa. Ejerce por tercera vez el cargo de Maestro de novicios. La brevedad nos obliga a mencionar solamente este episodio de su vida que fue como los otros repleto de opimos frutos.

El P. Ambrosio Tirelli ha cumplido ya los 49 años de edad. Es aun joven y robusto; una experiencia diversificada en frentes de ideosincracias completamente variados han enriquecido su vida; conoce el mundo y ha vivido con los hombres lo suficiente para haber aprendido a amarlos sin distinción de mezquinos conceptos de nacionalismos cerrados. El mundo es su patria, es por eso que se corre el telón de la milenaria Europa para abrirse ante su inquietud de apóstol la joven América, este tercer mundo tan agitado pero ansioso de acercarse a Cristo. 43 años de vida le restan aun y los entregará completos, sin retaceos al servicio de las almas, de la Congregación de Cristo.

Sigamos sus pasos. La nación más extensa de América latina, Brasil, es el panorama sin límites que Dios ha abierto en su camino.

### **Brasil (1923 — 1932).**

Su misión en España ha terminado. Europa quedó atrás. Ahora será América su campo de apostolado. Dos naciones vieron desarrollarse su afán de trabajo salesiano: Brasil y Perú. Don Rinaldi lo envía al Brasil. Conociendo, su espíritu abnegado no duda que el P. Tirelli emprenderá esta nueva jornada con espíritu de fe y no titubeará un instante en lanzarse a la arena del combate con los demás salesianos que desde años van haciendo fecundos esfuerzos en la nobilísima nación brasileña. Su primer campo de trabajo, por breve tiempo, es Campinas. Pasa unos meses y ejerce la docencia al mismo tiempo que es confesor de esa Casa.



En 1924 le sorprende el nombramiento de Director para la casa de Río Grande do Sul, hoy de la inspección de Porto Alegre.

Tampoco durará mucho su estadía en Río Grande. Pero él ya sabía que su vida era la de un buen "andariego". Debía subir y bajar. Cambiar cargos con cierta frecuencia. Trasladarse de un lado a otro. Cambiar continentes. Estar a merced de las necesidades que los superiores veían prudente que él socorriese.

Solo cuando llegó al Perú dejó de andar este "bendito trotamundos". Aquí veremos que no se moverá de Magdalena del Mar, aunque desempeñará diversas ocupaciones.

1925. Una carta de D. Rinaldi le anuncia que ha sido nombrado Inspector. ¿Qué ha pasado? Nos imaginamos ver florecer una sonrisa en su rostro de apariencias adustas. Don Bosco le habrá recordado, muy quedo, allá en lo íntimo de su memoria "que debe seguir siendo como el gigante que recorre los polvorientos caminos del mundo". Y otra vez, es la tercera en el Brasil, a liar los bártulos y enrumbar del sur hacia el norte San Luis es la Inspección que él regirá. Su sede es Recife.

¿Qué había pasado? nos volvemos a preguntar. Nada. La Providencia lo seguía por que debía obedecer a la profecía del Padre.

El Rvmo. P. José Vespignani, Visitador Extraordinario en el Brasil y en otras zonas de América del Sur, volvió a descubrir al P. Tirelli. Aquí tenía el candidato para el gobierno de la Inspección San Luis con sede en Recife, que desde 1912 estaba anexada a la del sur, por dificultades que no es el caso de describir. Había sido Inspección desde 1902. Don Pedro Rota la gobernó, unida a la del sur desde 1912 al 1925.

Hombre maduro y fuerte, de larga experiencia de hombres, con visión clara del mundo y sus acontecimientos, gobernará durante ocho años esta Inspección que vuelve a la vida, después de haberse tenido que unir a la del Sur. Los hechos y la fecundidad de las obras darán testimonio de él.

La labor fue intensa y agobiadora. Organizar, y en algunos casos, comenzar, le produjo un ritmo de trabajo que había que afrontar constantemente, sin tregua. No podía ser de otro modo.

Hoy aquellos Hermanos lo recuerdan con gratitud, no solo por el empuje que dio a las obras sino por el afecto de padre que en todo mo-



mento les dispensó. El P. Melchior Maia d'Ataide lo recuerda en un artículo escrito en el periódico "A Tarde" y dice: Era yo novicio (Lavrinhas). El retiro de entrada lo predicó un sacerdote italiano de unos cincuenta años y que hacía poco había venido de España, donde por muchos años había ejercido sus actividades religioso-sacerdotales y decían que era muy entendido en agricultura. Nos habló en un idioma bilingüe, porque a veces decía algo en italiano, de rato en castellano y frecuentemente en los dos casi al mismo tiempo. (Se ve que ya había olvidado el portugués aprendido durante los años que vivió en Portugal). Pero nosotros entendíamos porque habíamos estudiado algo de italiano y el español no era un misterio para un brasileño.

Sin embargo el lenguaje fue lo de menos. Lo que nos había impresionado era el Hombre. Su físico austero. Su salesianidad de una pieza. Su vastísima cultura clásica, era clásico hasta en sus anécdotas.

Se nos dijo que había sido designado inspector de la nueva Inspectoría San Luis del Norte. Eramos tres los novicios, en Lavrinhas, que pertenecíamos a esa jurisdicción salesiana y en febrero de 1926, emitidos los votos volvimos a nuestra zona para iniciarnos como primeros alumnos de filosofía, en el nuevo estudiantado de Jaboatao. Jaboatao ya había sido antes aspirantado, noviciado y filosofado. Allí pudimos conocer bien a este sacerdote que nos había predicado y que era nuestro inspector: el Rvmo. P. Ambrosio Tirelli".

La preocupación máxima del nuevo Inspector se concentró en la casa de Formación. Había que volver a darle a Jaboatao el esplendor de los tiempos del P. Lorenzo Giordano. Tenía que ser una palestra de estudio y piedad para que el capital humano rindiera con el tiempo, y la inspectoría se proyectase con las dimensiones que requería la extensión de su territorio. Lo quiso y logró su intento.

En sus frecuentes conversaciones, paseando con sus novicios de Magdalena del Mar, recordaba a hombres que eran en esa época, de primera plana en la Congregación en el Brasil y que habían salido de la Casa de Jaboatao.

En 1929 va a Turín para tomar parte al XIII capítulo general de la Congregación que se lleva a cabo en Valsalice con 88 capitulares llegados desde todos los horizontes del mundo. Este capítulo debió realizarse en abril de 1928, pero Don Rinaldi, con el beneplácito de la Santa Sede lo trasladó al mes de julio de 1929. Quería hacerlo coincidir con la glorificación del Padre que se barruntaba ya para ese año. Sede: Valsalice, donde el Cuerpo de Don Bosco había reposado por 41



años. El P. Tirelli gozó como pocos, porque había tenido la inmensa dicha de vivir con Don Bosco. En los ánimos de los capitulares resonaban aun los ecos del 2 de junio, día glorioso en que Pío XI, el Papa de Don Bosco, lo había elevado a la gloria de la beatificación.

El P. Tirelli adelantó su partida y pudo asistir, junto con la casi totalidad de los inspectores a las ceremonias de Roma y Turín.

Cuando recordaba este acontecimiento, su rostro se enardecía, le brillaban los ojos y un silencio significativo, que todos respetábamos, nos daba a entender el gozo de su alma de hijo.

Haber presenciado la glorificación en la tierra del hombre que tanto había amado y que tanto amaba, le producía una alegría inenarrable, solo expresable con un elocuente silencio.

Dios le reservaba otro gozo mayor: vería aunque desde aquende el océano, la canonización de Don Bosco.

Regresó al Brasil para seguir su vida de Inspector, trayendo el aliento y las orientaciones del Capítulo general y el alma henchida porque había visto todo lo que el Papa y el mundo veneraba a Don Bosco.

Recorrió su inspección y narró en detalle a sus hermanos, a los cooperadores a los alumnos cuanto había visto y oído en las inolvidables jornadas del viaje a Italia. No olvidemos que parte de la Inspección confiada a sus cuidados era todavía tierra de misión y más de una vez vio su vida expuesta a graves peligros. En una de esas, que él llamaba aventuras, perdió todos sus cuadernos de predicación y conferencias y el equipaje, salvando a duras penas su vida. Ningún matiz debía faltar en la vida este andante caballero de las gestas de Dios.

El 5 de diciembre de 1931 falleció en concepto de santidad el Rector Mayor don Felipe Rinaldi. Tenía 75 años, había sido por 9 años Inspector, durante 21 Prefecto General de la Congregación y por 9 Rector Mayor. Turín, Italia y el mundo salesiano se conmovieron porque Don Rinaldi era una figura venerada y se lo consideraba como un candidato a los altares. Hoy su causa de beatificación sigue adelante y nos alienta la esperanza de verlo junto a Don Bosco en los altares cuando así la Providencia lo disponga. El Boletín Salesiano de enero de 1932 está por entero dedicado a narrar su muerte, las honras fúnebres y rasgos salientes de su personalidad. Las biografías que se escribieron dicen quién fue Don Felipe Rinaldi y alientan con tan luminosa trayectoria



a todos los salesianos de esta generación a seguir sus huellas en el camino de la santidad.

La Congregación había quedado huérfana. Era menester elegir un Padre que tomara el timón e hiciese marchar por rumbos seguros la barca salesiana. Para tal fin debía reunirse el Capítulo General. Y así fue. Después de la convocatoria de regla hecha por el Prefecto General Don Pedro Ricaldone, el lunes 16 de mayo, a las 18.30, en la Capilla de San Francisco de Sales Turín, luego de un fervoroso triduo quedó abierto el XIV C. G. con 88 miembros, procedentes de todo el mundo. Allí estaba nuestro P. Tirelli, inspector del Brasil, norte. Fue por lo tanto uno de los electores del nuevo Rector Mayor Rmo. P. Pedro Ricaldone, elegido el 17 de mayo de 1932. Participó al Capítulo y luego expuso a Don Ricaldone lo precario de su salud.

Había conocido muchos panoramas; tenía en su haber la ciencia que da la experiencia inteligente, pero las fuerzas físicas no consentían que siguiese con el mismo ritmo, era necesario emprender otra clase de actividad. Tenía 59 años.

La Inspectoría Perú-Bolivia no tenía Maestro de novicios. Hacía poco que falleciera el P. Arato.

Don Ricaldone vio en el P. Tirelli al hombre hecho para esta tarea, ya desempeñada por él en Africa, Portugal y España. Los años de Inspector añadieron al acervo de su experiencia un caudal de riqueza que le servirá en la nueva empresa que va a comenzar. Hay por delante mucho tiempo. La Providencia Divina lo detendrá en el Perú y precisamente en la Casa de Magdalena del Mar casi por 32 años. Ya no cruzará mares, ni buscará nuevos continentes, pero seguirá siendo el "gigantes de las vías del Señor", como se lo pronosticara su Padre Don Bosco. Después de pasar un tiempo de reposo en Turín y visitar a los suyos, hacia fines del año 1932 se embarcó en el Virgilio y arribó a estas playas del Pacífico, a nuestro primer puerto del Callao el 29 de noviembre del mismo año. Coincidencia o Providencia: el 29 de noviembre de 1964 hizo su último viaje; ese día fue sepultado, y así cesó de andar y acabó la profecía de Don Bosco "serás como gigante recorriendo los caminos del Señor".

### **Magdalena del Mar:**

Esta Casa está cargada de tradición. Fundada en 1923 pasó por diversas etapas hasta ser definitivamente el aspirantado de la Inspectoría Santa Rosa.



Muchos cursaron aquí Filosofía y Normal hasta que se trasladó el Estudiantado a Chosica, y la gran mayoría de los salesianos hizo su año de noviciado en este solar tranquilo.

Ubicada, Magdalena del Mar en la parte occidental de Lima, llega su jurisdicción hasta el mismo mar Pacífico. La población es de clase media y trabajadora en general y el carácter de la gente es apacible.

La parroquia salesiana fue la primera erigida en esta extensa y hoy poblada parte de la gran Lima.

El "Instituto Pablo Albera" (Aspirantado Salesiano) dista del océano unas tres cuadras. Posee dos manzanas. Una ocupada por la parroquia, Oratorio festivo de larga y fructuosa historia y la escuela parroquial "Rosenthal de la Puente" de reciente creación y que ya rinde frutos en el terreno de la educación. La otra por el Aspirantado que sucedió al de Arequipa.

Hasta 1959 funcionaba el Estudiantado de Filosofía para nuestros clérigos, que fue luego trasladado a Chosica y hasta el 31 de enero de 1964 el Noviciado, que pasó al Rímac para ser luego llevado a Chacabayo y emigrar en 1969 a Cochabamba de Bolivia. Aquí en este ambiente de formación, el P. Tirelli vivirá con la satisfacción del que puede dar y darse.

### **Maestro de novicios.**

Después de ambientarse, se entrega de inmediato a la tarea que se le ha encomendado: Maestro de los novicios de la Inspectoría Perú-Bolivia (Santa Rosa). Ejercerá esta delicada labor hasta 1951. Fue sustituido por el R. P. Juan Piovano, hoy párroco de la Basílica de María Auxiliadora de Lima.

Tenía 78 años y la carga era demasiado pesada. El P. Inspector había escrito a Turín pero no se tomó una decisión rápida y entonces el Director de la Casa se permitió hacer notar al Rmo. P. Pedro Tirone, Director espiritual de la Congregación, que le parecía no conveniente exigir al P. Tirelli, anciano y ya algo débil que siguiese cargando con el fuerte trabajo de Maestro de novicios. De inmediato contestó el Superior que se proveería cuanto antes a designar el sucesor.

Notamos de paso que durante este período fue por breve tiempo sustituto del Párroco y en varias oportunidades del P. director de la casa.



La figura del Maestro de novicios está delineada en el artículo 194 de las Constituciones: "El Maestro de novicios muéstrese con todo empeño tan amable, tan manso y de corazón tan lleno de bondad, que los novicios le abran su alma y pongan en él entera confianza".

Los que fueron formados por el P. Tirelli en este período de la vida salesiana pueden dar testimonio de su ejemplar fidelidad a esta misión.

Fidelidad en lo que podríamos llamar "residencia" en la misión encomendada. No era de los que hacen de su vida una evasión buscando siempre pretextos para estar donde no deben, dejando frecuentemente vacante la mansión que la obediencia les ha dado. El P. Tirelli vivía y convivía con sus novicios y para sus novicios. Las demás ocupaciones pasaban a segundo plano.

Sereno y posado estaba con ellos en los patios, conversaba en los corredores daba sus clases con dedicación y preparación esmerada, los atendía en sus rendicontos bimensuales, escuchaba siempre con calma las dificultades que a menudo surgen en esa edad y parecía no estar jamás cansado. Ellos eran su gozo y el objeto de su afán.

El mismo artículo antes citado dice a continuación: "debe instruirlos con esmero en las constituciones, particularmente en lo que atañe a los votos de pobreza, castidad y obediencia".

La conferencia diaria versaba casi normalmente sobre estos temas y sobre la vida religiosa. Tenemos a nuestra vista un baúl de cuader-nos. En ellos están prolijamente anotados los temas, las advertencias, las normas, la doctrina que cotidianamente va entregando a sus novicios. Tiene la delicada misión de marcar definitivamente el rumbo de esas jóvenes existencias, de pulir cuanto haya de áspero y era de ver la maestría de artista que gastaba en tan delicada tarea.

Se conservan listas de nombres con anotaciones de carácter personal que podrían ser útil hasta para un estudio de tipología.

El P. Tirelli llegó a formar su propia ciencia basada en los grandes principios de la ascética cristiana, en las enseñanzas de la pedagogía salesiana, en la vida de Don Bosco y en su conocimiento de los hombres. Es en base a este conocimiento adquirido, con el estudio y la observación que aprendió a amar al hombre, a amarlo como es, con todo lo positivo y con el lastre que muchas veces arrastra por herencia o por el medio que lo acompañó. Y este amor le infundió una espe-



ranza en las posibilidades humanas de ese hombre que tenía delante hasta creerlo capaz de superar cualquier obstáculo.

Muchas veces le decía uno de los directores de la casa: "Padre Tirelli ese joven parece no dar esperanzas para seguir con nosotros". Sabe, le contestaba, con calma, allá en el Brasil yo tenía un joven que tenía las características de éste y quizá daba menos esperanzas y hoy es el superior de tal colegio o inspector de tal inspección".

Y a fe que en muchos casos tuvo razón. Ya estábamos acostumbrados, afirma uno de los ex-directores de Magdalena, a la frase de esperanza que brotaría de los labios del P. Tirelli cuando le llevábamos algo negativo respecto de un candidato... sabe... allá en Gerona... allá en Jaboatao... el año mil novecientos y pico, aquí en Magdalena hubo un clérigo, un novicio, un aspirante que adolecía de la misma deficiencia y hoy, usted lo ve, ha dado buenos resultados.

No que admitiese sin distinción a cualquiera, pero mientras veía una posibilidad fundada y una recta intención, creía y tenía esperanza de hacerlo triunfar.

El P. Tirelli creía en la fuerza de la voluntad bien administrada y sobre todo tenía una fe de patriarca en la gracia que realiza su acción en las almas. ¡Cuántos salesianos militan hoy en las filas de Don Bosco porque él supo esperar, porque no fue un precipitado! Al fin y al cabo es imitar la acción de Dios en el mundo.

Era puntual en hacer reunir el capítulo para dar a los novicios las observaciones del mes, que luego confiaba al catequista o a otro sacerdote para que las transmitiera con delicadeza a cada interesado. Es decir, no descuidaba detalle porque sabía que el detalle es la pincelada del artista que va lentamente dando el acabado a la estatua. Así hizo florecer en la Inspección "Santa Rosa" toda una generación que hoy ocupa puestos de responsabilidad y trata de reeditar en su proceder la vida y obras del que los guiara en los primeros pasos de la vida salesiana.

Si fuese este un examen exhaustivo de la vida y obras del querido P. Tirelli podríamos detenernos a considerar otros aspectos en esta labor ardua de la formación, pero no podemos rebasar el carácter y la finalidad de estas cuartillas. Volvemos a decir que los frutos están demostrando a esta generación el valor positivo del trabajo del P. Tirelli.



## Confesor.

Todos los 32 años de estadía en la Casa de Magdalena fue confesor de los hermanos, de los aspirantes y clérigos y hasta que no pudo no dejó de concurrir a confesar la parroquia adyacente. Confesaba especialmente hombres y jóvenes. Muchos, sacerdotes de ambos cleros acudían a su confesonario en busca de dirección.

Puntual como un reloj, se lo veía todas las mañanas y por la tarde llegarse a la capilla para atender a los que solicitaban su ministerio. Sabemos, y es propio de la edad, que tenía achaques. Nada obstaculizaba. El bajaba lentamente las escaleras, rezaba ante su confesonario por unos minutos, se colocaba la estola y comenzaba la tarea. Eran siempre numerosos, pequeños y grandes, los que iban pasando para dejar la carga de sus inquietudes, recibir aliento. Alentaba constantemente. Escenas dignas de ser grabadas en "video tape" podrían decirnos el gozo rebotante que resplandecía en los rostros de muchos que se habían acercado acongojados y se retiraban con la satisfacción pintada en los ojos. El P. Tirelli tranquilizaba, serenaba y dejaba con el ansia de entregarse de nuevo a la lucha para vencer en la próxima encrucijada del camino.

Era sumamente hábil para ganarse la confianza. Su trato, sin ser meloso, era cariñoso. Las penitencias que daba no eran largas ni enojosas pero eficaces y prácticas. Sus consejos breves, concisos.

"Me impresionó mucho desde que lo conocí, su manera de confesar", decía un clérigo estudiante de filosofía. "Mis compañeros ya me habían hablado de él pero debo decir que la realidad, al conocerlo, superó a la fama".

Sus consejos y directivas se basaban siempre en las verdades fundamentales: la meditación y la presencia de Dios, la mortificación de los sentidos, las jaculatorias, las visitas al Señor Sacramentado y a Nuestra Señora, evitar las ocasiones, la comunión frecuente etc. No era un teorizante; en los casos de cada uno, iba al meollo, trataba de esclarecer la realidad y daba la directiva que dejaba seguro al penitente. No hay duda que gozaba de un don especial del Señor para ejercer con eficacia este sagrado deber.

La responsabilidad con que tomaba el ejercicio del ministerio de la confesión se evidenció hasta en los delirios de los últimos días.

Al clérigo que lo asistía le dijo pocas horas antes de morir: ¿no tienes nada más?



Pensando que me pedía algo para comer, dice el clérigo, miré al rededor y al no encontrar nada le respondí que no. Bueno, me replicó, acércate un poco, me acerqué lo más que pude, puse mi oído cerca de su boca para evitarle fatiga, “está atento, hijo mío, sé obediente a tus superiores. Sé obediente, muy obediente, este es el secreto infalible para perseverar en tu vocación”.

Yo estaba convencido, sigue el clérigo, que quería dejarme un recuerdo, pero pronto me convencí de qué se trataba, porque el Padre continuó: por penitencia dirás tres ave María. Ahora reza el acto de dolor. Y prosiguió claramente con la fórmula de la absolución. Estaba delirando. ¡Qué hermoso delirio!

Conservamos numerosas cartas recibidas desde todas las latitudes y es frecuente encontrar en ellas una expresión de sincera gratitud por la dirección recibida en la confesión durante los años de formación en Magdalena del Mar.

Don Bosco fue un gran confesor y no hay duda que algo de ese don lo heredara del Padre, este hijo que fue un predilecto.

### **Espíritu de trabajo.**

Cuando dejó de ser Maestro de novicios, el Director de la Casa le ofreció seguir dando clase de latín a los novicios, a quinto año de los aspirantes y a un cursillo y griego a otro curso. Demás está decir que aceptó con complacencia. Tenía 78 años cumplidos. A mediados de año pasaba frente a la dirección; entró con el bonete en la mano y le dijo al director: “vengo a agradecerle” ¿qué hay que agradecer P. Tirelli? “Le agradezco que no me haya arrinconado y que me haya proporcionado trabajo; que Dios se lo pague”. Siguió con ese ritmo de vida hasta los meses próximos a su muerte. Debe ser un caso único en la historia de los hombres. No es cosa común dar clase con horario constante y sin interrupción hasta los 92 años. Y es de notar que se preparaba con esmero y corregía las pruebas y tareas de los alumnos hasta el detalle.

Narra un alumno que en una oportunidad el P. Tirelli tuvo una inflamación a los ojos y no podía corregir los deberes. Siguió sin embargo dando trabajo escrito para realizar en el estudio. “No los podrá corregir, se dijo para sí el travieso”, y por negligencia o flojera, como decimos los limeños, ejecutó con descuido los ejercicios. Cual no fue su sorpresa, cuando pasados quince días el P. Tirelli trajo a la clase



todos los deberes corregidos y con las pertinentes anotaciones y apostillas. El muchacho tuvo que sonrojarse de vergüenza porque no era mal alumno y acostumbraba a ser diligente en las pruebas que los profesores asignaban.

La jornada del P. Tirelli comenzaba muy de mañanita. A las cuatro y media ya se levantaba y hecho su aseo, bajaba a la capilla. Su día era completo. Se tomaba alguna recreación después de las comidas y luego de inmediato se recogía en su habitación para entregarse al trabajo de revisar lo que habían escrito sus discípulos. En los recreos conversaba contando siempre algo ameno. El chiste, la gracia de la amenidad florecían en sus labios. Pero cuando el P. Tirelli decía "bueno, bueno", era señal de que su diversión había llegado a término y abandonando la compañía con paso lento se dirigía a su cuarto.

Este espíritu de trabajo influyó en los alumnos. Era un modelo. La Casa de Magdalena del Mar tuvo siempre fama de ser un centro serio de estudios. Así lo comprobaban los delegados ministeriales que constituían los jurados oficiales. No hay duda que el ejemplo de este asceta del estudio debió ser un acicate que moviese al alumnado a dedicarse con seriedad al trabajo intelectual.

Podemos afirmar sin caer en error que el P. Tirelli no supo perder tiempo. No concebía la vida de otro modo. El deber era para él un placer, casi diré una pasión. No consta que se haya tomado vacaciones en los años que estuvo en la Casa de Magdalena del Mar.

En el año 1960 hubo una misión predicada por los Rdos. Padres Franciscanos. Estos buenos misioneros trabajaban en la parroquia pero se alojaban, como era natural, en el Instituto Pablo Albera, vecino al templo parroquial. Una mañana charlaban con los aspirantes en uno de los pórticos. Pasó en esos momentos el P. Tirelli. Al ver que le costaba algo caminar preguntaron por su edad. Le dijimos que tenía 88 años y que era nuestro profesor de griego y de latín, y que además dictaba cursillos intensivos. Uno de los misioneros exclamó admirado: "jamás pude imaginarme que hubiera un religioso de tanta virtud para recibir semejantes deberes a esa edad". Era, eso sí, muy ordenado en todo su proceder. Y el orden le multiplicaba el tiempo.

Don Bosco murió recomendando el trabajo a sus hijos, "lavoro, lavoro". El P. Tirelli nos hablaba con frecuencia del trabajo pero más que sus palabras valían los hechos, su vida. Fiel discípulo de tanto maestro llevó hasta los postreros días una vida de intensa actividad.



## Hombre de oración.

Así lo describe un aspirante: "lo que más me impresionó en el P. Tirelli fue su espíritu de oración, y no digo esto porque me lo hayan dicho mis superiores sino porque yo lo he palpado. Siempre y en todas partes se lo veía moviendo los labios y con el rosario en la mano. Cuando íbamos a las visitas, allí con frecuencia estaba el P. Tirelli rezando su breviario. Me impresionó mucho el esfuerzo que hacía para rezar bien la misa. Tuve la suerte de ayudársela dos veces". Son expresiones de un adolescente y que indican el impacto que hacía la vida de piedad en las almas de los que lo rodeaban.

Monseñor Salotti, después cardenal, dijo de Don Bosco: "más me sorprende la vida interior de su alma que la amplitud de su obra".

La vida del P. Tirelli fue larga y llena de preocupaciones de toda especie. Recorrió muchos caminos, ocupó muchos cargos, conoció muchos hombres, gozó de la confianza de Don Bosco y de los superiores mayores, pero lo que más vale en él es su honda vida interior de hombre consagrado.

Comprendió la trascendencia que tiene para un sacerdote el contacto constante con Dios. Toda actividad sacerdotal que no tenga como principio de unidad y de referencia su interior unión con Dios, será a la larga, superficial pobre y dispersa.

Con decir que era hombre de oración, lo expresamos todo. Rezaba mucho. Desde que lo conocimos aquí en Magdalena nos causó esa impresión y es de creer que todos los que estuvieron con él tengan la misma opinión.

Y no sólo porque dijese muchas plegarias, sino porque trasuntaba en todo su obrar el abandono total que hacía cotidianamente en la oración de todo su ser en las manos de Dios. La oración constituía en él algo así como la urdimbre de su alma.

En una oportunidad un director de Magdalena lo consultó respecto de una vocación que a su juicio parecía tambaleante. "Vea, le contestó, tiene un aspecto muy positivo a pesar de lo mucho negativo: es piadoso y ama a Nuestra Señora Auxiliadora". Hoy es un sacerdote trabajador y apostólico.

Es decir que para él había cierta medida de seguridad en la perseverancia cuando un joven se mostraba y era de veras amante de la oración.



No de otro modo pensaba Don Bosco.

Tendríamos que llenar muchas páginas si quisiésemos trazar una semblanza completa del querido P. Tirelli. ¿Qué no podríamos decir de su amor a Don Bosco? Don Bosco fue la obsesión de su vida.

Otro acápite podría ser: el P. Tirelli ministro de la palabra de Dios, predicador de ejercicios etc. Hay un sin número de croquis de conferencias charlas, homilias entre sus apuntes. Juntados todos e impresos se podría presentar un discreto volumen.

Ciertamente no era un brillante expositor. Hablaba con lentitud, como ponderando lo que decía, pero su argumentación era siempre sólida. No tenía arrebatos de oratoria. Sin embargo el convencimiento y la unción con que exponía atraían y movían a la acción.

### **Fechas conmemorativas.**

Los años pasaban y nos proporcionaban la alegría de ir jalándolos con los recuerdos de acontecimientos de la vida salesiana y sacerdotal del P. Tirelli. En 1947 celebra los 50 años de sacerdocio. Había sido ordenado en 1897.

Un nutrido programa impreso, que tenemos a la vista, con dedicatoria en clásico latín, acto académico, función teatral y misa jubilar denotan la exposición de alegría de los habitantes de esta micrópolis salesiana por las Bodas de Oro sacerdotales del amado P. Maestro. Hacía 15 años que vivía en este ambiente y el júbilo no podía quedar aprisionado, debía expandirse en expresiones de afecto, con himnos, cantos, discursos. Tejió en esa oportunidad la plenitud de los cincuenta años, en un enjundioso panegírico, el R. P. José Trisoglio.

1953. El venerado P. Ambrosio Tirelli cumple 80 años de edad.

Por esos tiempos se estilaba una actividad juvenil concretizada en las Asambleas anuales de las Compañías Religiosas. La Casa de Magdalena era un hervidero de movimientos; todo se movilizaba. Todavía no se había dividido como lo está ahora y cada sector pugnaba por superar al otro. Los aspirantes, los novicios, los clérigos estudiantes de Filosofía se esforzaban por dar el maximum en sus recursos artísticos e intelectuales.

Esta vez el programa nos muestra la fotografía del P. Tirelli y la dedicatoria reza: "Asambleas de las Compañías Religiosas en prepara-



### **Hombre de oración.**

ción a la conmemoración centenaria de su fundación y en homenaje a los 80 años de fecundísima vida del querido P. Ambrosio Tirelli", (28, 29 y 30 de julio de 1953).

Llegaron mensajes de felicitación al buen Padre procedentes del Perú, de España, de Portugal, de Brasil.

Huelga decir que presidió los festejos y gozó en unión con sus hijos la felicidad del cariño que afectuosamente le brindaban.

### **Bodas de Diamante. (29 de junio de 1957)**

Sesenta años de sacerdocio es algo no común. El P. Tirelli los celebra estando en plena posesión de sus fuerzas físicas.

La crónica de la Casa de formación nos informa: "29 de junio: fiesta de San Pedro y celebración de las Bodas de Diamante sacerdotales del R. P. Ambrosio Tirelli. En este día el P. Tirelli, sigue diciendo la crónica, vio desbordarse las manifestaciones de cariño y veneración de que es objeto entre todos los miembros de esta Casa y de los que lo conocieron aquí y en otras partes. La correspondencia que recibe el Padre es abundante".

"Su venerada figura apareció en varios periódicos de la Capital. Nosotros lo acompañamos en la Misa solemne que él mismo celebró en el Templo parroquial y por la tarde le dedicamos una velada en la que el número central fue el drama: "La Tierra de Brum". Hasta aquí la crónica".

Pasamos por alto los 70 años de profesión porque el P. Tirelli pudo celebrar los 75. Hubo también agasajos y sobre todo nos encontramos en un expresivo cable del Papa, S. S. Juan XXIII que dice: "Augusto Pontífice pidiendo ocasión septuagésimo aniversario profesión religiosa abundantes gracias otórgale implorada bendición Apostólica". El 11 de octubre de 1959 era la fecha de esta recordación.

### **90 años de edad. 21 de marzo de 1963.**

El Prefecto general de la Congregación D. Albino Fedrigotti le escribe en esta oportunidad: 'Me uno gustoso a la voz de tantos hermanos que en estos días se aprestan a celebrar sus noventa años. La acostumbrada frase "ad multos annos" parece, en su caso, referirse más al pasado que al porvenir. ¡Son muchos noventa años!'



"Pero no sería gran cosa haber vivido tantos años si no hubiesen sido empleados al servicio de Dios y de la Congregación, años fecundos, aunque llenos de fatiga. Y Ud. todavía no ha cesado de trabajar hasta donde le permiten sus fuerzas. El Señor le debe tener preparada una hermosa corona; pero no tenga apuro en ir a gozarla, pues tendrá por delante toda una eternidad. Nuestro cordial augurio es que Ud. pueda continuar todavía por muchos años gozando de buena salud y representando a Don Bosco viviente entre nosotros. Le pido que me bendiga con su hermosa patriarcal bendición". La carta del Vicario del Rector Mayor encabeza las muchas otras que va recibiendo en esos días desde las casas del Perú y del extranjero.

Los diarios de Lima se hacen eco con variados artículos y así vemos titulares como estos: "El Padre salesiano más anciano del Perú recuerda cuando conoció al Papa León XIII; "Sacerdote que fue amigo de Don Bosco es maestro del Seminario de Magdalena; Sacerdote que presenció milagros de San Juan Bosco tiene 90 años. Llegó al Perú en 1932".

Todos, sin excepción, magnifican la labor del humilde sacerdote, ejemplar misionero, que pasa casi toda la vida fuera de su patria y especialmente aquí en el Perú, formando salesianos y atendiendo al ministerio pastoral.

La Casa de Magdalena del Mar volvió a festejar al querido P. Tirrelli, esta vez con sencillez. Esperaba poder celebrar con pompa los 75 años de profesión al año siguiente y Dios concedió al festejado y a estos caros amigos que lo venían acompañando desde tiempo la suerte de poder agasajarlo.

### **75 años de profesión.**

En Marzo de 1964 cumplió 92 años. Su vida seguía normal. Atendía las confesiones de los aspirantes y de los salesianos, participaba en todos los actos de la vida común. No faltaba al teatro o al cine en el salón de actos del aspirantado. Tenía un envidiable apetito. Con frecuencia solía decir: "tomo cuatro remedios al día: el desayuno, el almuerzo, la merienda y la cena". En los recreos de los jóvenes se lo veía conversar con ellos y gustaba de contar chistes. Recitaba con regularidad su breviario. Decía la santa misa todos los días. En fin, era un hombre en plena posesión de sus facultades y sentidos. ¡Ancianidad admirable! A más de uno oímos decir: "así vale la pena lle-



gar viejo". Era el gigante que en nada había desmerecido de la profecía del Padre.

La primera profesión del P. Tirelli fue por toda la vida. No hizo votos temporales. La madurez y comprensión de lo que abrazaba lo decidió a tomar esa decisión y los superiores lo admitieron con la total convicción de una respuesta positiva y segura. Era el año 1889. El 11 de octubre. Estábamos en sus 75 años sonados de vida religiosa. Un panorama de años.

Y es decir que todos los días bajaba pasito a paso, con sus cuadernos y libros de latín para dar sus clases. Era el himno viviente al ideal de Don Bosco: "lavoro, lavoro, lavoro". Il lavoro è la temperanza faranno fiorire la Congregazione". ¡Y qué florecer el de aquellas épocas de oro!

Fue la última fiesta en honor del P. Tirelli. Hubiésemos querido celebrar muchas más, pero todo se acaba en este mundo.

El Rector Mayor Don Renato Ziggotti quiso ser el primero en adherirse a los festejos. El 19 de setiembre, adelantándose a la fecha, le escribe: "He sabido, por intermedio del P. Orlando, que el próximo 11 de octubre festejará sus 75 años de Profesión Religiosa.

Lo felicito efusivamente y aprovecho de esta ocasión, no solo para asegurarle mis oraciones sino para agradecerle por todo el bien que ha hecho y sigue haciendo y por el ejemplo de salesiano edificante, infatigable y lleno de celo por las almas.

Invoco sobre Ud. las bendiciones de María Auxiliadora y de San Juan Bosco. Le hago partícipe, además, de las bendiciones del Santo Padre, que nosotros los Padres Conciliares estamos autorizados a transmitir a todos los que nos son queridos.

Y Ud. rece por mi y por la feliz continuación y conclusión del Concilio.

In osculo sancto, créame su afmo.

Renato Ziggotti.

Un cable de Vaticano autorizaba al P. Tirelli para dar la Bendición Apostólica; telegramas y mensajes llovían desde todos los lugares donde habían trabajado. Obispos, Superiores salesianos, sacerdotes y Hermanos hacen llegar al Padre los sentimientos de gratitud y los augurios de una mayor longevidad. Hasta recibe una invitación para via-



jar a España a celebrar junto a los muchos hijos que aún lo recuerdan y veneran, las fiestas de los 75 años.

De entre toda esta abigarrada correspondencia, que no queremos ni siquiera citar en detalle por creer que no corresponde al tenor de esta brevísima reseña, destacamos la carta del P. Carlos Orlando, inspector que fuera de esta Inspectoría Santa Rosa.

**Roma —18 — de julio de 1964.**

“Se acercan los 75 años de su Profesión. Esta noticia que nos llena de gozo a todos los que tuvimos el honor y el provecho de haberlo conocido, me mueve a escribirle estas líneas, para manifestarle mis sentimientos de veneración, admiración y agradecimiento sincero... Los años que pasé en el Perú, los considero entre los mejores de mi vida; y esto se debe al hecho de haberme encontrado con salesianos que, como Ud., supieron ayudarme, sostenerme y soportarme. Con Salesianos así cualquiera puede trabajar, y Ud., fue de los primeros. Le agradezco sinceramente toda su bondad; y por eso siento la necesidad de pagarle de alguna manera, y lo haré con la única que tengo a disposición: la oración. Le acompañaré por lo tanto en su acción de gracias al Señor y a la Santísima Virgen por todos estos años que vemos tan bien aprovechados y de tanta edificación para todos; y lo acompañaré en la súplica de las gracias que ansía su corazón. Y por mi cuenta agregaré que nos lo conserve por muchos años aun entre nosotros, para bien de todos.

Esta mía le lleva la Bendición del Sumo Pontífice, como prenda de la del Altísimo”.

Quienes convivimos con el P. Orlando aquilatamos toda la sinceridad de sus expresiones y de su afecto. Las almas grandes saben comprenderse. Para esta celebración nos encontramos con programas de festejos y con reseñas más o menos abundantes de los periódicos locales.

La inspectoría entera participó con sus mensajes de adhesión y de las casas vecinas vinieron los salesianos a acompañar al P. Tirelli que recibía a todos y se manifestaba de un humor juvenil. Dicharachero y conversador no cesaba de recordar con lucidez los años idos, los acontecimientos, las personas y las palomilladas de sus novicios. Era un encanto este anciano de años y joven de espíritu.



## Santa muerte.

Los 75 años de vida religiosa escribieron el último capítulo de este señor de los caminos de Dios. El 20 de octubre, terminadas las oraciones de la noche y luego de haber confesado a varios aspirantes se retiraba a su habitación que estaba en el segundo piso. En el descanso de la escalera tropezó y cayó malamente rompiéndose la clavícula izquierda. El P. Catequista pasó un rato después y lo encontró tendido. Trató de levantarlo pero el P. Tirelli reaccionó en contra. No estaba acostumbrado que lo tocasen. Su delicadez era extrema. Sin embargo se lo convenció que debía dejarse ayudar y así pudo ser conducido hasta el cuarto. Al día siguiente, fue trasladado a la clínica Italiana por orden del médico. La rotura era peligrosa.

Nunca había entrado en una clínica ni hospital como no fuese para prestar sus servicios ministeriales o para visitar a salesianos o amigos. No había tenido necesidad porque su salud fue siempre excelente.

Conoció los achaques propios de los años y del trabajo en las tierras de misión pero las enfermedades graves que otros hombres longevos suelen padecer y que muchos jóvenes aguantan prematuramente no se ensañaron en él. Tenía un físico robusto y la moderación en la vida y costumbres lo conservaban fresco hasta los 92 años.

Volvió a Casa el 4 de noviembre. Se cumplían en ese día 79 años de su entrada en el Oratorio de Turín, como niño. ¡Qué lejano se veía aquel 4 de noviembre de 1885. Cuantos años pasados junto al Padre en todas las tierras del mundo!

No dudamos que debió recordar con una cierta nostalgia aquella primera entrada a la Casa de Don Bosco. Hoy entraba por última vez, para despedirse de sus Hermanos de la tierra con quienes se había amado en reciprocidad de afecto fraterno.

Y regresaba en un día que le era de grata recordación. El 4 de noviembre el calendario nos recuerda un nombre que para él debía tener resonancias de un pasado glorioso. San Carlos Borromeo es el patrono de la Arquidiócesis de Milán. El P. Tirelli era Milanés. Además en ese día se celebraba la fiesta de uno de sus hijos más queridos, a quien él había formado y que a la sazón era Inspector del Perú, el R. P. Carlos Cordero. ¿Casualidades? Digamos mejor finezas de la Providencia.

Como había decaído bastante y dada la circunstancia de su avanzada edad, el P. Inspector le sugirió recibir la Unción de los enfermos,



y el Santo Viático. El Padre agradeció conmovido esta atención paterna y filial y se acordó hacerlo el primer viernes, 6 de noviembre.

Preparado convenientemente su cuarto, el P. Inspector celebró la Santa Misa rodeado por los Hermanos de la Casa de Magdalena, los aspirantes, algunos clérigos estudiantes de Filosofía venidos de Chosica. Siguió con unción y profunda emoción toda la ceremonia. Lágrimas y hasta sollozos de los presentes dieron al cuadro una impresión de majestad y de serena paz.

¿No era acaso una escena semejante a la muerte de los grandes Patriarcas de la Biblia?

Dijo breves palabras de agradecimiento a Dios y a la Congregación, protestó su fidelidad (nunca desmentida) a Don Bosco y expresó el deseo ardiente de ir a cantar por toda la eternidad el Sanctus.

Como no había usado todavía la facultad de impartir la Bendición Apostólica que el Santo Padre le concediera para sus 75 años lo hizo en esta ocasión tan solemne. Cuantas bendiciones habían impartido esas manos y ahora daba la última con facultad apostólica que tenía anexa indulgencia plenaria. El P. Inspector le sostuvo la mano, para que pudiese trazar el signo sagrado.

Luego, los aspirantes, salesianos pasaron silenciosamente a besarle la mano. Para todos tuvo una sonrisa parternal.

Los días fueron pasando en cierta bonanza. Dos estudiantes de Filosofía se turnaban día y noche asistiéndolo cariñosamente. Pero el P. Tirelli declinaba. El astro se hundía lentamente en el ocaso de la eternidad. Habríamos querido detener el inexorable avance de la muerte, pero ella no retrocedió hasta dar el zarpazo fatal.

El 28 de noviembre, a las 9.35 de la mañana, dejó de latir ese corazón que se había agitado tanto recorriendo como gigante los caminos del Señor. Improvisamente se agravó y un ataque cerebral trunco la existencia del último de los salesianos que había conocido a Don Bosco en América. Era sábado, día de la Virgen. Su amor por Ella fue intenso y filial. Es la herencia de todo verdadero hijo de Don Bosco.

El P. Inspector se encontraba en Ayacucho acompañado a Monseñor Otoniel Alcedo que celebraba los 25 años de Sacerdocio. No pudo asistir a su muerte y funerales.

Toda la prensa de Lima elogió a esta figura de salesiano y de sa-



cerdote. Dios lo llamaba a su seno a los 92 años cumplidos, 67 de sacerdocio y 79 de vida con Don Bosco (1885-1888 como alumno; 1888-1964 como salesiano).

La Casa de Magdalena del Mar parecía un inmenso santuario. Todos musitaban una plegaria. Parecería que la muerte hubiese tocado las puertas del hogar de cada uno porque al P. Tirelli se lo consideraba como miembro de familia. Los salesianos de las casas vecinas comenzaron a pasar silenciosamente ante el ataúd para contemplar la serenidad de ese rostro que habían conocido desde la niñez.

Los funerales fueron concurridos.

El día 29 de noviembre, a las 16, reunidas las tres Casas de formación, aspirantado, noviciado y estudiantado de filosofía, muchos salesianos y amigos, se encaminó el cortejo hacia el cementerio "El Angel".

El matutino "La Prensa" escribía: "Causó hondo pesar la muerte del P. Ambrosio Tirelli. Era el salesiano más antiguo de América y posiblemente del mundo. Fue enterrado con emotiva ceremonia a la que concurrieron delegados de las Casas Salesianas de Lima, Callao, Rímac, Chosica y Magdalena".

Monseñor Fidel Tubino, amigo personal del extinto, despidió los despojos mortales y el R. P. Director del Aspirantado siguiendo al Obispo en el uso de la palabra trazó, en breves pinceladas, los rasgos del que fuera "formador de los salesianos del Perú y Bolivia" durante 32 años. Hablaron dos estudiantes y la loza separó de nuestra vista y para siempre al hijo predilecto de Don Bosco, al amigo.

La noticia se había esparcido y el correo trajo los sentimientos de muchos que lo habían conocido. Cartas, telegramas.

Creemos resumirlas todas en las expresiones sentidas del Arzobispo de Valencia, España, Monseñor Marcelino Olaechea, dignísimo prelado salesiano.

**Escribe al que fuera entonces Vicario Inspectorial P. Jorge Sosa.**

Muy querido hermano de Congregación:

El Señor sea bendito y que su siervo bueno y fiel, el P. Tirelli interceda por nosotros.

Me ha causado impresión la noticia que me da en su carta. Conocí durante varios años al P. Tirelli y le quise como le quisimos todos, cordialísimamente.



Fue un gran ejemplar de salesiano, amantísimo de la Congregación.

Tenía ese algo especial de natural sobrenaturalidad, de profunda y atrayente piedad, de comprensión, de paternidad que hemos conocido en nuestros Superiores, los que conocieron a Don Bosco.

Creo que nadie le tuvo desafecto ni nadie puso su lengua contra él.

Que el Señor nos mantenga (o nos vuelva, si algo desviamos) a "lo Don Bosco" a secas.

Expreso mis condolencias al Señor Inspector, a Ud. y a esos queridos hermanos; Mi condolencia por no tenerle ya aquí en su presencia corporal, pero... mi gozo por tenerle santazo en el cielo.

Un gran abrazo.

Afmo. hermano.

† Marcelino

El P. Tirelli escribió una larga página en la vida de la Inspectoría Santa Rosa. Su recuerdo sigue siendo luz y guía. Nuestro afecto hacia él es como un acicate para no alejarnos del combate diario. El optimismo que alentó su vida tiene un sentido en la nuestra y una influencia benéfica para vivir con alegría las diarias preocupaciones, los afanes y para proyectarnos en una entrega constante a Dios, a las almas.

Agradezco a los hermanos que me han ayudado a escribir esta carta mortuoria y a recoger los datos indispensables para pergeñar, así sea en trazos imperfectos, los días pasados en la tierra por este servidor del Señor, gran salesiano y modelo de sacerdote.

Os pido una oración por esta Inspectoría necesitada de hombres que revivan el estilo y la salesianidad del P. Tirelli.

afmo. en Don Bosco

**Emilio Vallebuona**

Inspector







IMPRESA Y LITOGRAFIA "SALESIANA"